

EL BLOQUE LATINOAMERICANO

El Bloque Yanki... el Bloque Soviético... el Bloque Chino... la Comunidad Británica...; ahora el Bloque Centro-europeo, cuyo anhelo comienza a expresarse en el orden político al calor de la exitosa iniciativa del Mercado Común. Pueden anunciarse el Bloque Indostánico, en gestación; el Bloque Árabe, en marcha ascendente; y ¿por qué no mencionar a Israel, auténtico bloque, tan minúsculo como poderoso?

Con mucha más razón debemos anunciar, auspiciar y defender un Bloque Latinoamericano.

En esta era de colectivismo los bloques son realidades cada día más logradas. Esos bloques, como los astros, giran en torno a dos grandes centros de gravedad: Estados Unidos y Rusia. Dos colosos.

Los colosos tratan celosamente de guardar su prepotencia imperialista. Es un hecho expresivo: en Panamá, en el Congreso de la CEPAL, Estados Unidos y Rusia coinciden en oponerse al Mercado Común Latinoamericano. Más recientemente, en Varsovia, Rusia y Estados Unidos se muestran adversos a la política económica de los mercados comunes.

Pero una lógica contundente hace triunfar el Mercado Común Centro-Europeo, y es cada día menos utópica la Comunidad política Centro-europea. Una lógica arrolladora impondrá el Mercado Común o Correlativo de Latinoamérica y surgirá el Bloque Latinoamericano.

Los católicos lo podemos saludar con el más legítimo regocijo.

ESTADOS "DESUNIDOS"

Una misma lengua; una misma religión; historia y tradiciones comunes; miserias, dolores y explotaciones comunes; comunes y gigantescas capacidades económicas unen a Latinoamérica.

Pero en un siglo largo de vida independiente hemos sido, desconcertantemente, hermanos desunidos. Cuando en el Norte se formaban los Estados Unidos, podemos decir que en Centro y Sud-América se formaba un archipiélago de Estados Desunidos.

Una de las raíces de este fenómeno está en una forzosa e inevitable herencia de la colonia española. Frente a la minúscula factoría británica del Norte, España poseía, en América, un vastísimo Imperio. Desde California hasta el Cabo de Hornos, América—con ese nombre se entendía entonces exclusivamente la América española—se comunicaba directamente con Sevilla o Madrid. Hasta las comunicaciones con el Santo Padre de Roma habían de pasar por Madrid. México, Panamá, Santo Domingo, Caracas, Bogotá, Quito, Lima, Santiago, Buenos Aires, Montevideo, mucho más que ramas entremezcladas de un árbol, eran cables tensos dirigidos a la metrópoli. Un profundo desconocimiento mutuo fue el fruto de esta realidad inevitable, que contaba con un aliado: las distancias geográficas, la dificultad de las comunicaciones.

Sin embargo, hijas de una misma madre, las naciones hispanoamericanas iban llegando a la adolescencia con características tan similares, que alguien ha observado justamente—el filósofo Vasconcelos—que hay menos diferencia entre un chileno y un mejicano que entre un vasco, un gallego, un catalán, un castellano o un andaluz de la Península.

La Emancipación no subsanó este desconcertante distanciamiento de las naciones hispanoamericanas. Iberoamérica, comencemos por incluir al Brasil, cambió de centro de atracción. Madrid y Lisboa fueron suplantadas por París. Los latinoamericanos de todas las nacientes repúblicas se encontraban en París, estudiaban en París, despilfarraban en París y sus hijos e hijas estudiaban francés. Al coloniaje ibero: económico, cultural y político, sucedió el coloniaje cultural francés y el coloniaje económico inglés y norteamericano.

En las últimas décadas Francia va cediendo definitivamente sus colonias culturales de la América Latina a los Estados Unidos. Latinoamérica es hoy, económica y culturalmente, colonia de los Estados Unidos. Viajamos, gastamos, compramos, leemos y estudiamos en la órbita yanqui. Nuestros jóvenes estudian inglés. Nadie ignora que si Estados Unidos interrumpe la producción petrolera en Venezuela, o no compra el café de Colombia, el azúcar de Cuba, o el cobre de Chile, estas naciones caerían en la más funesta bancarrota económica. Sería torpeza miope negar nuestro carácter de satélites en la órbita yanqui.

LATINOAMERICA ES UNA UNIDAD NATURAL

Con mucha más razón que ninguno de los bloques arriba mencionados. Un vistazo rapidísimo del territorio yanqui nos recuerda—desde San Francisco, Nueva Orleans a Nueva York—que proviene de tres grandes colonias occidentales: la inglesa, la francesa y la española. Sus habitantes se han acrecentado con una abigarrada inmigración de alemanes, irlandeses, eslavos y latinos de diferentes naciones. Las repúblicas soviéticas, geográficamente distanciadísimas, provienen de pueblos del más variado y contradictorio origen. En China, en el lenguaje oral no se entienden los habitantes de provincia a provincia. El Islam alcanza desde el Pakistán hasta los bereberes ibéricos de Marruecos.

Latinoamérica, incomunicada entre sí y volcada hacia Europa, vivió en tres largos siglos de colonia una vida uniforme y muy superior en cultura a las demás colonias europeas; habla un mismo idioma; tiene una misma fe en contraposición de Estados Unidos, y sus cualidades y sus deficiencias son casi iguales en 20 repúblicas. ¿Cuál es la causa íntima de esta desunión?

El indiscutible precursor de la Emancipación, don Francisco de Miranda (maestro de O'Higgins y Carrera, de Chile; Montúfar y Rocafuerte, de Quito; Valle, de Guatemala; Servando Teresa Mier, de Méjico; Nariño, de Colombia; Bolívar, Tovar..., de Venezuela; Moreno, Alvear, Zapiola y San Martín, de Argentina) soñaba en una sola nación hispanoamericana, mezcla de monarquía y república, con dos ciudadanos llamados Incas, como Poder Ejecutivo; con una capital que llevaría el nombre del descubridor Don Cristóbal Colón y se situaría en el punto más central, tal vez en el istmo de Panamá.

Más interesantes y realistas resultan las reflexiones del Libertador Simón Bolívar, en su célebre Carta de Jamaica, de 1815:

"Yo deseo más que otro alguno ver formar en América la más grande nación del mundo, menos por su extensión y riqueza que por su libertad y gloria... Como es imposible, no me atrevo a desearlo... La metrópoli, por ejemplo, sería México, que es la única que puede serlo por su poder intrínseco, sin el cual no hay metrópoli. Supongamos que fuese el istmo de Panamá, punto céntrico para todos los extremos de este vasto continente, ¿no continuarían éstos en la languidez y aun en el desorden actual?... M. de Pradt ha dividido sabiamente a la América en quince a diecisiete estados independientes entre sí, gobernados por otros tantos monarcas. Estoy de acuerdo en cuanto a lo primero, pues la América comporta la creación de diecisiete naciones; en cuanto a lo segundo, aunque es más fácil conseguirlo, es menos útil, y así no soy de la opinión de las monarquías americanas."

Ante la imposibilidad de lograr un estado único hispanoamericano, Bolívar ideó una suerte de Unión de Naciones Americanas, de la que fue grandioso y fracasado conato el Congreso de Panamá de 1826.

Pero las aguas vuelven a su cauce. No está lejano el día en que el sueño de Bolívar se traduzca en realidad. La revolución de las comunicaciones aéreas, la carretera panamericana, la convicción ascendente de su personalidad está creando en las repúblicas latinoamericanas un anhelo de unificación que nadie podrá detener.

ENEMIGOS NATURALES DEL BLOQUE LATINOAMERICANO

Indicios elocuentes los señalan. En primer término los Estados Unidos de Norteamérica. Bajo un solo aspecto pudieran fomentar un bloque poderoso en la América del Sur: por contar con un aliado denodado y pujante en la defensa de la libertad y la democracia. Pero la historia de un siglo demuestra en México, Centroamérica, Panamá, Cuba y Las Antillas, sin contar las intrusiones en el continente sur, que toda su política se ha fundado en el lema de los grandes imperialistas: "divide et impera". Es curioso advertir que en muchas naciones, como México, ha sido la masonería la fiel alcahueta del imperialismo yanqui. Al industrializarse Latinoamérica dejaremos de ser colonias económicas, dejaremos de ser satélites. Es la hora de que el coloso del Norte piense que puede perder a Latinoamérica definitivamente si se obstina en sojuzgarla; y sólo podrá contar con ella si se empeña generosamente en su desarrollo económico y cultural. Tienen que desaparecer las cláusulas de la nación más favorecida, erradicarse el sentido de superioridad racial y el afán del imperialismo económico, para que la gran nación del norte, mucho más noble en sus individuos que en su política oficial, pase a ser de amigo peligroso amable socio de la América Latina.

Tampoco halaga al coloso soviético la emancipación económica y cultural de Latinoamérica.

Hay una campaña hábil y tenaz de los partidos comunistas latinoamericanos para exacerbar nuestros nacionalismos frente al imperialismo yanqui. Pero como lo delataron en Panamá y Varsovia y lo han descubierto más descaradamente en el III Congreso Latinoamericano de Estudiantes de Caracas, son partidarios del fraccionamiento de nuestros países frente a la tesis socialcristiana de la integración cultural, económica y política de la América Latina.

Es evidente que a pesar de los éxitos sorprendentes de las campañas comunistas en Latinoamérica, la lógica impondrá el axioma: detestamos todos los imperialismos; pero entre el ruso y el yanqui, toleramos más fácilmente el yanqui.

NO ES UN SUEÑO...

No es un sueño pensar—salvas las autonomías nacionales—en una unión cada vez más estrecha de la América Latina en el orden económico, cultural y aún en el orden político. Cualquier observador, libre de prejuicios sectarios, advertirá indicios crecientes de que nuestros países sienten, como creciente vivencia, que constituyen una unidad natural.

La aventura de Perón, que en su megalomanía saltó al sueño de un imperialismo argentino, es un hecho expresivo.

Lo es el anhelo del Mercado Común Latinoamericano, que está a punto de cristalizar, en estos mismos días, en Montevideo, para siete naciones (Brasil, Argentina, Uruguay, Paraguay, Bolivia, Perú y Chile) y ciento veinte millones de habitantes.

Ha tenido que ser aceptado por la OEA, tras dura oposición de los EE. UU. en Caracas y Río Janeiro, el proyecto del Banco Interamericano.

Venezuela hizo un ensayo—que no debía haber fracasado por mezquindades, y por lo tanto está llamado a resurgir—en la creación de la Flota Grancolombiana. Estos mismos días el Director de la LAV viaja a Buenos Aires en pos de la creación de una gran flota aérea comercial latinoamericana.

Es significativa la acogida que ha logrado la operación sudamericana de Kubischek.

En un orden más vinculado con la Iglesia Católica, ¿qué significan las reuniones episcopales de Río Janeiro, la creación de la CELAM (Comisión Episcopal Latinoamericana) y la realidad de la CLASC (Confederación Latinoamericana de Sindicalistas Cristianos) que en el próximo mes de octubre celebrará asamblea continental en Quito?

Las aguas buscan su cauce. Latinoamérica es una unidad natural, con más sólidas bases, que cualquiera de los bloques mencionados en el encabezamiento de este artículo.

LATINOAMÉRICA, desarrollada, pujante, libre y emancipada, es para los católicos una promesa, una esperanza. Se trata de la extensión territorial y el conglomerado étnico más extenso y poderoso de confesionalidad católica. Dentro de algunos decenios contará con cuatrocientos millones de habitantes. Latinoamérica será el continente católico por excelencia.

M. A. E.